

GRUPOS PARAMILITARES DE DERECHA EN CHILE 1900- 1950.

Autor: Carlos Maldonado

14 páginas

Los Paramilitares, un Actor Político Ignorado.

El presente artículo tiene como objetivo presentar en forma breve y resumida uno de los temas menos conocidos, más oscuros y, por lo mismo, menos estudiados de la historia política moderna de Chile: la existencia de grupos paramilitares derechistas y nacionalistas en su vida política durante el siglo XX.

Chile fue considerado corrientemente hasta 1973 por académicos y políticos como una república modelo en América Latina, con una estabilidad institucional ejemplar y una convivencia democrática a toda prueba. Sin embargo, la experiencia de una larga dictadura militar y sus secuelas sociales, culturales y económicas, y el inicio de una transición política limitada por leyes y una Constitución con fuertes frenos antidemocráticos, herencia del régimen del general Pinochet, han planteado la necesidad de matizar y poner bajo comprobación esta afirmación.

Pese a la larga y efectiva tradición democrática del país también se puede constatar ahora la existencia y permanencia en el tiempo de otra tradición política, una corriente de pensamiento y acción conservadora, nacionalista y «contrarrevolucionaria»[1] que produjo y alentó durante el curso de este siglo, y especialmente en los momentos más álgidos de crisis políticas y sociales, el surgimiento de grupos paramilitares, guardias blancas y milicias armadas que pusieron en jaque el ordenamiento político-institucional de Chile. Estos grupos nacionalistas y contrarrevolucionarios, generalmente armados, utilizaron la violencia contra extranjeros, estudiantes, obreros izquierdistas e incluso enfrentando a militares fuertemente politizados, un hecho inédito en Chile, comparable sólo con reacciones civilistas como la del Partido Civil del Perú en la década de los años setenta del siglo XIX y la de Figueres en Costa Rica en la década de 1940. En los últimos años, Patria y Libertad, una milicia armada de corte fascista, fue uno de los pilares en la agitación política de las capas medias que desembocó en el golpe militar de 1973.

Este ambiente de militarización de la política influyó poderosamente sobre diversos sectores de la sociedad chilena, principalmente altos oficiales de las Fuerzas Armadas, intelectuales de derecha, elementos de la pequeña burguesía capitalina y provinciana, estudiantes, profesionales liberales y hasta partidos políticos establecidos. En el estudio de esta tradición contrarrevolucionaria -antes ignorada o subvalorada-, la historiografía y la ciencia política pueden hacer una valiosa contribución a un mejor conocimiento del sistema político que ha regido los destinos de Chile en el siglo XX.[2]

En este trabajo se analizan los grupos paramilitares más importantes de la primera mitad del siglo: las Ligas Patrióticas, las Guardias Cívicas de 1931, la Milicia Republicana, el Movimiento Nacional Socialista (MNS) y la Acción Chilena Anticomunista (AChA).

Se pueden visualizar tres períodos en los cuales los grupos paramilitares tuvieron una actuación destacada. En una primera etapa, en las décadas de 1910 y 1920, la Liga Patriótica fue la más importante organización

paramilitar. Su principal impulso fue su actuación en el proceso de delimitación nacional y estatal en el norte del país, conocido como «chilenización», jugando también un rol represivo significativo en la llamada «cuestión social», un período de agitación social y política caracterizado por el surgimiento del descontento organizado de la clase obrera.

En una segunda etapa, el fenómeno del surgimiento de grupos paramilitares de derecha -y también de izquierda que fueron el producto de medidas de autodefensa-, precisamente en las décadas de 1920 y 1930, tiene que ver con una crisis generalizada del sistema de democracia liberal que afectó a gran parte del mundo occidental y en forma especial a las sociedades agrarias, tradicionales y periféricas. La Milicia Republicana y las guardias blancas chilenas tuvieron su correlato con grupos semejantes en otros países del Cono Sur de América Latina, y muchas de ellas se guiaron por modelos europeos como los Freikorps alemanes o las milicias anticomunistas finlandesas.[3]

En una tercera y última etapa, en los años 1940 la polarización política interna producida por la Segunda Guerra Mundial y la ulterior «Guerra Fría» contra el comunismo, marcó la impronta de agrupaciones nacionalistas -también dentro de las Fuerzas Armadas- que, inspiradas en el fascismo europeo, tendieron, desde fuera del sistema político, a instaurar modelos autoritarios. Guardando las proporciones históricas, la situación chilena de entonces y en especial el gobierno populista del general Ibáñez guarda una cierta semejanza con el caso argentino. De hecho, grupos nacionalistas de civiles y militares sintieron una gran atracción por el peronismo en el poder.

Todos los grupos paramilitares analizados aquí tienen una serie de características en común. En primer lugar, su continuidad en el tiempo, que señala la existencia de una fuerte y enraizada tradición nacionalista y autoritaria que incluso se transmitió de generación en generación. Efectivamente, algunos grupos aparecieron como continuación de otros ya extinguidos o autodisueltos, como lo comprueba el caso de AChA, muchos de cuyos miembros habían militado activamente en la Milicia Republicana u otros grupos menores en la década anterior, y que, más aún, aportaron las armas que habían ocultado por años. También es digno de resaltar su existencia a nivel nacional, incluso en el caso de las Ligas Patrióticas del norte que tuvieron su réplica en el resto del país.

En segundo término, su apelación a la violencia, la militarización y la formación de milicias armadas, jerarquizadas y disciplinadas militarmente. Aunque es cierto que el influjo europeo de los modelos fascistas de Alemania y del sur de Europa fue muy fuerte, no menos verdadero es que la cíclica oleada de movimientos paramilitares se sustenta en una larga tradición histórica chilena que tiene su inicio en las milicias cívicas y prácticamente voluntarias que debieron custodiar las primeras ciudades coloniales de los ataques indígenas y de bandidos, mientras el Ejército de línea español se hallaba en campaña en la frontera. Durante el siglo XIX estas milicias cívicas fueron recompuestas por el conservador Diego Portales, y, bajo la nueva denominación de Guardia Nacional -siguiendo aquí el modelo francés-, sirvieron para tener a raya a los militares -lo que explica en parte la ausencia de golpes de Estado en Chile- y también actuaron como verdaderos cuerpos policiales de la aristocracia terrateniente en la sociedad rural. Esta Guardia Nacional tuvo una destacada participación en la Guerra del Pacífico, conformada con voluntarios, y solamente desapareció para dar paso al servicio militar obligatorio en 1900.

En tercer lugar, a los paramilitares les fue común su ideario conservador antiizquierdista y, en muchos casos, francamente contrarrevolucionario. Además, en la mayoría de los casos, aunque no siempre surge en una forma explícita, hubo una tendencia hacia el autoritarismo, el corporativismo y un desprecio de la democracia liberal y sus mecanismos (elección universal, etc.); aunque es preciso tener en cuenta que la influencia del corporativismo -entendido como un tercer camino entre el liberalismo y el marxismo- fue tan fuerte que se extendió incluso a sectores políticos no autoritarios.[4]

La procedencia social de estos grupos fue generalmente de origen burgués y terrateniente con base de masas popular pero fuertemente controlada. He aquí una de las principales diferencias con el fascismo que propiciaba políticas con las masas. En el caso de la Milicia Republicana, por ejemplo, las masas populares fueron incorporadas a la organización en una forma controlada y mediatizada, por medio de regimientos especialmente concebidos para ellas. La oficialidad fue exclusivamente de la clase alta. Es así que, como manera de contrarrestar la impresión generalizada en la población acerca del evidente carácter clasista de la Milicia Republicana, sus máximos dirigentes concibieron la idea de crear un regimiento compuesto exclusivamente de obreros y empleados y cierto número de estudiantes. Así nació el regimiento de infantería N° 5 de Santiago «Sargento Aldea». De hecho, este regimiento se convirtió en una unidad modelo y fue mostrado con satisfacción por todo el país.

Pese al fuerte civilismo de la clase alta chilena, los grupos paramilitares fueron una especie de lugar de encuentro de civiles y militares, muchas veces separados por rencillas políticas o intentos pretorianos. Es un hecho importante de destacar que muchos de los miembros de estos grupos fueron oficiales en retiro -generalmente de la Armada- y que contaron con la simpatía de otros en servicio. Estos oficiales actuaron como instructores de las tropas y organizaron militarmente a los grupos.

Las motivaciones de tipo nacionalista y de identidad nacional estuvieron presentes fuertemente entre los paramilitares. En el caso de las Ligas Patrióticas, por ejemplo, había un claro ingrediente nacionalista y de xenofobia contra la población peruana. Lo mismo se puede decir del sinnúmero de pequeños grupos civiles y militares de los años 1930 y 1940, sobre todo en su intento de combatir la inmigración judía.

Aunque generalmente no lograron articular proyectos nacionales, actuaron con una gran autonomía respecto de los partidos políticos de la derecha tradicional y establecida, e incluso llegaron a ser ácidos críticos de éstos por su supuesto inmovilismo y ansias de poder. Los nazis fueron una excepción en tanto tendieron a cooptar la base de apoyo de los partidos de izquierda con slogans antiimperialistas y populistas.

Los paramilitares no se destacaron por privilegiar asuntos religiosos; alusiones a cuestiones de culto son casi nulas en sus escritos y prensa, tampoco se conoce la militancia de sacerdotes en sus filas. De igual manera, las mujeres no fueron fuente de preocupación para ellos. Sólo la Milicia Republicana y AChA las consideraron marginalmente al organizar grupos de primeros auxilios y de apoyo; los nacionalsocialistas organizaron algunos grupos femeninos, posiblemente impulsados por el hecho de que las mujeres comenzaron a votar en las elecciones municipales. En cambio, la Milicia dio gran importancia a la

educación de niños y jóvenes, y creó una organización paramilitar paralela exclusivamente integrada por adolescentes.

Pese a sus características en común, es necesario hacer un importante distingo. Hubo dos tipos de grupos paramilitares. Por una parte, los grupos contrarrevolucionarios que se formaron espontánea pero inexorablemente cada vez que se vieron en peligro las clases altas. No estaban destinados, en un principio al menos, a ser sustituto de los partidos políticos ni a obtener el poder. Su misión era concebida como la de restablecer el orden, incluso frente a quienes, como los militares, estaban destinados a mantenerlo.

Por el otro lado, estaban los grupos de conspiradores, generalmente cercanos al fascismo, que se crearon no necesariamente ligados a profundas crisis y que tendieron a ser partidos con programas políticos de gobierno. De este tipo fueron los grupos que formaron o influenciaron «caudillos» militares como los generales Díaz Valderrama e Ibáñez, o civiles como González von Marées y Gómez Millas. Esto no significa que estos grupos no hayan podido ser la base para los primeros, como lo ejemplifican los partidos corporativistas Unión Republicana y Acción Nacional que fueron en cierto modo la base de la Milicia Republicana o los grupos nacionalistas y fascistas -muy influenciados por el peronismo y el franquismo- que fueron el sustento de AChA a partir de 1946. Estos grupos conspirativos -los que permearon profundamente a unas Fuerzas Armadas chilenas profesionalizadas a imagen y semejanza del modelo germano- tuvieron presencia activa principalmente en las décadas de los años 1930, 1940 y 1950, propiciando asonadas e intentos de golpes de Estado.

En su relación con los gobiernos de turno, todos los grupos paramilitares fueron utilizados y hasta financiados y pertrechados veladamente, aunque no organizados, en la medida que fueron beneficiosos. Luego fueron solamente tolerados y finalmente, cuando el poder estuvo asegurado, se les quitó el apoyo, obligándolos a desaparecer.

Las Ligas Patrióticas, 1911-1925.[5]

Las Ligas Patrióticas existieron en forma intermitente desde la década de 1910 hasta mediados de los años veinte principalmente en las provincias de Tarapacá y Antofagasta -anexadas producto de la Guerra del Pacífico (1879-1883)-, destacando claramente tres períodos de actividad en los años 1911-1912, 1918-1920 y 1925, fechas que coincidieron con etapas de tensión diplomática con el Perú, incluido el fallido intento de realizar un plebiscito en Tacna y Arica.[6] Hubo grupos organizados, generalmente armados, en las principales ciudades de la zona (Arica, Iquique, Pisagua y Antofagasta) y en innumerables campamentos salitreros del desierto. Aunque el gobierno chileno disolvió formalmente las ligas en 1911-1912 y las mantuvo a raya en los años siguientes, su actitud cómplice permitió que éstas cometieran excesos de todo tipo.

El objetivo de las ligas fue agredir con sistemática y desenfrenada violencia traducida incluso en acciones criminales, a peruanos y bolivianos residentes en esas provincias, independientemente de su posición social. Desde su inicio y a partir de 1918 en particular, las ligas fueron instrumentalizadas por los partidos derechistas -principalmente por facciones liberales- con el fin de cooptar al proletariado salitrero proclive al ideario socialista y anarquista, y adquiriendo más tarde un carácter antisocialista y contra el reformismo de la Alianza Liberal de Arturo Alessandri; además fueron adquiriendo carácter nacional.[7]

Las ligas fueron una mezcla de nacionalismo militante y tradicionalismo. En 1919, Belisario Salinas, presidente de la Liga Patriótica de Antofagasta, sostenía, por ejemplo, que era necesario "volver a los antiguos valores, a la época en que en el Chile viejo se imponían el talento, el carácter, la honradez y el trabajo". Achacaba al «corruptor oro peruano» las acciones del comunismo y del liberalismo.[8] Celebraban efemérides patrióticas como, por ejemplo, el aniversario de la Batalla de Maipú y la Batalla de la Concepción, y la liga de Antofagasta -que tenía delegados en Chuquicamata, Calama y pueblos de la pampa- organizaba boicots contra todas las casas comerciales que emplearan personal peruano e impedía el desembarco de peruanos que llegaran a la ciudad.[9]

Sus principales postulados eran el cierre de las escuelas y periódicos peruanos; la prohibición para que peruanos fueran maestros, empleados públicos, empleados de aduanas, de la marina mercante, de los puertos, etc.; que el 80 por ciento de los trabajadores y empresarios fueran de nacionalidad chilena; la obligatoriedad que todos los nacidos en Tarapacá hicieran el servicio militar; la restricción y eventualmente prohibición de la inmigración peruana; el retiro del consulado peruano en Iquique por ser «innecesario»; la prohibición para que flamearan banderas peruanas en su día patrio, y la fortificación de las defensas chilenas en el norte. Las autoridades chilenas generalmente se limitaban a observar saqueos y amedrentamientos y las tropas sólo actuaban para evitar linchamientos y otros crímenes similares. Esta actitud cómplice fue denunciada en el Parlamento de Santiago y en la prensa de las federaciones estudiantiles.

Coincidiendo con el movimiento nacionalista en el norte, surgieron en el centro y sur del país Ligas Patrióticas que, en estrecha relación con sus congéneres de Tarapacá y Antofagasta, se dedicaron a desarrollar una fuerte campaña nacionalista de derecha. Una de las principales organizaciones de ese periodo fue la llamada Liga Patriótica Militar (su nombre completo era Círculo de Jefes y Oficiales Retirados y Liga Patriótica Militar). Era una organización de militares en retiro, incluidos oficiales y veteranos de la Guerra del Pacífico, provenientes de la clase alta, que habían vuelto a la vida civil. En 1918 estaba dirigida por un almirante retirado. Sus centros más importantes estaban localizadas en Santiago, pero había ramificaciones en Valparaíso y otras ciudades. Sus actividades consistían en celebraciones patrióticas, particularmente en conmemoraciones de la guerra contra Perú y Bolivia. Esta organización, junto a otras menores, participaron activamente en acciones represivas contra huelguistas y estudiantes del período.

En general, a partir de 1920 las Ligas Patrióticas comenzaron a languidecer. En cierto modo, éstas pueden considerarse como el antecedente más directo del fascismo chileno. Por ejemplo, en 1923, la liga de Iquique se transformó en el Partido Fascista, una imitación al más puro estilo italiano. Seguidamente, en 1924, nació TEA (sigla de Tenacidad, Entusiasmo y Abnegación, aunque también puede ser entendida como fuego o flama), una sociedad secreta de carácter nacionalista que se destacó por sus actividades provocadoras contra el gobierno de Alessandri, dirigida por un general de Ejército y Jorge González von Marées, el futuro jefe nazi de los años treinta.[10]

El surgimiento de las Ligas Patrióticas a nivel nacional no fue casual y tendió a conectar dos fenómenos aparentemente separados: los problemas fronterizos externos y los movimientos huelguísticos internos. Estos

acontecimientos se enmarcaban dentro de un proceso de crisis política del régimen oligárquico que ya mostraba sus trizaduras.

Las Guardias Cívicas y la Milicia Republicana, 1931-1936.[11]

El derrumbe del régimen militar encabezado por el general Carlos Ibáñez (1927-1931) a fines de julio de 1931, produjo un abrupto vacío de poder y la irrupción de variadas tensiones sociales que yacían latentes en la sociedad chilena, imposibilitadas de emerger tras casi cuatro años de gobierno autoritario. Este hecho, junto a agitaciones políticas de obreros desempleados y militares radicalizados que duraron hasta fines de 1932, dieron pábulo al surgimiento de un vasto movimiento conservador y contrarrevolucionario de características nacionales dispuesto a recomponer el dominio político civil, hacer regresar a las Fuerzas Armadas a sus cuarteles -las que intervenían abiertamente en política desde 1924- y reprimir cualquier alteración proveniente de las masas populares.[12] Ése fue el origen y la motivación del movimiento de reacción civilista, materializada en casi una cincuentena de guardias cívicas paramilitares que en el período de 1931 a 1936 proliferaron en Chile. La hegemonía del movimiento estuvo compartida en ciertos momentos por una clase política conservadora expoliada por el caudillo militar, y sectores de capas medias radicalizadas.

Las guardias cívicas cumplieron primeramente funciones de tipo policial (tránsito, vigilancia nocturna, etc.) debido al descrédito generalizado en el que estaba sumida la policía de Carabineros. Seguidamente la tendencia se fue desarrollando contra las Fuerzas Armadas, principalmente el Ejército, al cual culpaban de ser responsable por la crítica situación económica y política en la que se encontraba el país.[13]

El clímax de la crisis política fue la instauración de una fugaz «República Socialista» en junio de 1932 que demostró el profundo fraccionalismo que vivían las Fuerzas Armadas, y fue el detonante para que la derecha tomara medidas enérgicas: la creación de la Milicia Republicana, un verdadero ejército civil paralelo.

Bajo el lema «Orden, Paz, Hogar y Patria» nació el 24 de julio de 1932 la Milicia Republicana, a escasos días del término del experimento socialista. Como primer Comandante en Jefe fue elegido Eulogio Sánchez Errázuriz, un acaudalado hombre de negocios y de profunda raigambre conservadora. Las primeras formaciones militares fueron los regimientos «República», «Constitución» y «Libertad».

Logrado el reconocimiento oficial de parte de los partidos de derecha, el Poder Judicial y el gobierno provisional civil, la Milicia Republicana se dedicó afanosamente a la construcción de una gran organización militar. Para este fin contó con el financiamiento de connotados oligarcas y un arsenal de fusiles y ametralladoras del Ejército que el gobierno puso en sus manos.

En esas condiciones y con el auxilio de oficiales en retiro de las Fuerzas Armadas que actuaban como instructores, la Milicia Republicana se fue convirtiendo en un verdadero ejército disciplinado, jerarquizado y con ramificaciones en todo el territorio. Su estructura estaba concebida a imagen y semejanza de un ejército. La organización era dirigida por un Estado Mayor General a cargo de un Presidente y una Comandancia en Jefe.

La Milicia Republicana llegó a contar con un contingente muy numeroso que osciló entre 50.000 y 80.000 hombres según las fuentes[14], un fenómeno de masas completamente inédito en la historia moderna de Chile y sólo comparable a la movilización ocurrida con motivo de la Guerra del Pacífico, vivida como una guerra nacional. Incluso contó con una pequeña fuerza aérea que tenía por misión trasladar a sus jefes por el país, lanzar volantes de propaganda y realizar «trabajos de guerra, tácticos y bombardeos», participando activamente en casi todos los ejercicios y maniobras militares que llevaba a cabo el grupo armado. Además, tenía a su disposición un servicio de telegrafía a nivel nacional y un sofisticado sistema propio de radio, transmitiendo, por ejemplo, todos los discursos de sus líderes en onda corta a todo el país. Su mayor éxito fue la presentación pública de 40.000 hombres uniformados y pertrechados en octubre de 1934 en el Club Hípico de Santiago.

Una segunda fase de desarrollo estuvo encabezada por Julio Schwarzenberg, quien creó en 1934 la Escuela de Cadetes «Caupolicán», que tenía como propósito la educación cívica, física, moral y militar de niños y jóvenes de 7 a 17 años de edad, y era vista como un semillero de nuevos milicianos.

Los fines de la Milicia Republicana estaban dirigidos en una primera etapa a la reconstrucción del Estado de derecho democrático seriamente afectado por los movimientos militares y las asonadas obreras. Es por ello que sus grandes enemigos fueron el militarismo y el comunismo. Las declaraciones milicianas estaban claramente destinadas a exigir la sumisión castrense: "... exigimos la vuelta de ellos (los militares) a sus cuarteles, de donde nunca debieron haber salido. Combatiremos el militarismo imperante y toda otra tiranía, a fin de liberar a la Patria del caos y de la anarquía, de la humillación y de la muerte".[15]

Pero mientras los milicianos tuvieron una permanente posición de antipatía hacia el Ejército, se produjo todo lo contrario respecto de la Armada y Carabineros que aplaudieron el surgimiento de la Milicia, apoyaron su desarrollo institucional y confraternizaron con ésta en todo momento.

La Milicia supo sacar provecho del terror anticomunista que hizo presa de gran parte de la sociedad chilena al ver derrumbarse el modelo militar autoritario auspiciado por Ibáñez y las jerarquías castrenses. Su discurso fue evidentemente de restauración, de regreso a la convivencia oligárquica de antes de 1920, cuando cada actor social tenía predefinido su papel y su destino. Su posición ideológica fue una mezcla abigarrada de revancha antimilitarista contra el «caudillo» que no supo imponer el orden, marcado anticomunismo -común a todos los sectores dominantes, aunque con diversos matices-, conservadurismo decimonónico y puritano, nacionalismo, corporativismo y, aunque aparentemente contradictorio, un desarrollado militarismo imitativo de las instituciones castrenses que convirtió en un verdadero culto el ensalzamiento de las virtudes bélicas, los símbolos guerreros y el uso de la fuerza, elementos que hacen recordar el militarismo de base popular común en Alemania e Italia de esos años.

En el decantamiento del proceso político que se vivió entre 1932 y 1938 algunos elementos de esta abigarrada ideología derechista se hicieron más hegemónicos que otros. El alejamiento del Partido Radical abrió las puertas para la definitiva derechización, el abandono del terreno democrático y el triunfo al interior de la Milicia de una corriente corporativista que postulaba un orden

jerárquico en lo social y un régimen sin elecciones directas y universales de autoridades en lo político.

Lo singular del fenómeno miliciano fue la relativa independencia con que se generó y fue progresando. Sus máximos líderes no eran hombres militantes en los partidos de la derecha, con la excepción de los radicales -habida cuenta de los conflictos internos por esta causa-, sino que se trató de gente desvinculada del mundo político, hombres de negocios, empresarios, profesionales de éxito que reaccionaron a lo que ellos entendían como pasividad de los partidos «históricos» de la derecha chilena. Tan poco confiaban en éstos, que incluso mantuvieron una relativa distancia hacia el presidente Alessandri (1932- 1938) y no se dejaron instrumentalizar del todo. En el conflicto con el naciente Frente Popular, los milicianos llegaron incluso a oponerse a Alessandri, su gran benefactor. Este ánimo civilista, independiente de los partidos políticos y las élites, prefirió confiar en sus propias fuerzas y finalmente pretendió convertirse en una nueva alternativa al modelo democrático liberal que comenzó a ser percibido como insuficiente para detener los cambios que se perfilaban en el horizonte.

El Movimiento Nacional Socialista, 1931-1943.[16]

El Movimiento Nacional Socialista fue creado el 5 de abril de 1932, en el periodo de anarquía política y social que sobrevino a la caída del gobierno del general Ibáñez y, en general, obedece a la misma motivación de muchos otros grupos nacionalistas que se formaron por ese entonces. Sus fundadores fueron el general retirado del Ejército Díaz Valderrama, el escritor y ensayista Carlos Keller y el abogado Jorge González von Marées. Los tres tenían fuertes lazos familiares o profesionales con Alemania y estaban influenciados por la ideología nacionalsocialista.

En una primera etapa, el MNS se caracterizó por una actitud generalmente germanófila e imitativa del modelo de partido fascista. Sus tropas de asalto paramilitares se dedicaron a sembrar el terror entre los partidarios de izquierda, principalmente comunistas, quienes a su vez se organizaron en milicias de autodefensa. En estos choques hubo numerosas víctimas fatales por ambos bandos.

Ideológicamente, el MNS se definió como una organización nacionalista, antiliberal, antiparlamentaria y antimarxista. La prensa de la organización, fuertemente subvencionada con publicidad de firmas alemanas y descendientes avecindados en Chile, se hizo permanentemente eco de los sucesos europeos, se alineó junto a Alemania y Hitler y defendió con fuerza su política racista y antisemita. Para el general Díaz Valderrama, activo conspirador por muchos años, "los judíos son los únicos responsables del antisemitismo (...) han dividido al pueblo chileno, atizando en su seno la discordia disolvente y antipatriótica. Ellos son la quinta columna".[17]

El MNS se desarrolló con rapidez, sobre todo entre los jóvenes de clase media de las grandes ciudades y de la numerosa colonia alemana del sur del país. En 1935 comenzó a organizar campos de «servicio del trabajo» que pretendía popularizar a semejanza de la práctica alemana. En octubre de ese año realizó su segundo congreso en Concepción, con una participación de 3.000 hombres de las tropas de asalto y 6.000 partidarios.

En una segunda etapa, sin embargo, el movimiento cambió radicalmente su táctica, no así su ideología. Aunque prosiguió con sus milicias armadas en las calles, propició -como partido político- mucho más la lucha electoral y la conquista del poder por la vía pacífica. En las elecciones para el congreso en 1937, el MNS, aunque sin lograr una votación espectacular, obtuvo tres diputados en Santiago y el sur.

En marzo de 1938, siete meses antes de las elecciones presidenciales, su líder González von Marées -en una actitud sorprendente- se distanció del fascismo internacional atacando la política del Tercer Reich y a los alemanes que vivían en Chile, como también a los chilenos de ese origen. Se volvió contra su antiguo aliado, el partido nazi alemán en Chile, creado en 1931, considerando su presencia como una "penetración de pensamientos hitleristas en las colonias alemanas en Sudamérica" y criticó el racismo y la tendencia de los germanos a aislarse. Esa situación, afirmaba, "se ha gravado desde hace 5 años por causa de la propaganda hitlerista y de la extensión de organizaciones hitleristas en nuestros países".[18] Su propósito de captar las simpatías del electorado y los líderes de centro y de izquierda se evidenció más todavía, cuando durante el año 1937 el MNS se alió de hecho con el Frente Popular (formado en 1936 por socialistas, comunistas y radicales) en la lucha contra la política del presidente Alessandri, y propuso una reforma agraria y medidas antiimperialistas y antioligárquicas, tradicionales banderas de los partidos de izquierda.[19]

Frente a la negativa del Frente Popular para apoyarlo, el MNS decidió presentar como candidato presidencial al general Carlos Ibáñez. Tomando en cuenta la escasa posibilidad de obtener la victoria en las urnas, el MNS, con apoyo de sectores del Ejército, trató de realizar una asonada golpista en septiembre de 1938, a pocos días de la elección presidencial. Una cincuentena de jóvenes nazis fueron muertos ese día por fuerzas de Carabineros.

El gobierno logró desbaratar el intento y poner en la cárcel a sus cabecillas. Debido a ello, el MNS no volvió a lograr recomponerse, aunque cambió su nombre por Vanguardia Popular Socialista. González von Marées siguió siendo su líder carismático, definiendo a su continuadora como una organización "antifascista, antiimperialista y adicta a la lucha de clases".[20]

Luego de la sangrienta derrota de 1938, la opción fascista perdió fuerza y popularidad. Sin embargo, en la década de 1940 siguió existiendo un sinnúmero de pequeñas organizaciones de conspiradores nacionalistas y pseudofascistas que se empeñaban en una salida golpista. Organismos como la Asociación de Amigos de Alemania y otras tuvieron una fuerte influencia en la oficialidad de las Fuerzas Armadas.[21] Como corolario de esta influencia fascista se puede citar el abortado intento de golpe de Estado de enero de 1944, uno de cuyos objetivos era el restablecimiento de relaciones diplomáticas con el Eje, rotas un año antes. Entre los líderes del movimiento se encontraban el ex presidente Carlos Ibáñez, Jorge González von Marées, y oficiales de todas las ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros. El movimiento contaba, además, con el apoyo tácito de los militares argentinos.[22]

La Acción Chilena Anticomunista (AChA), 1946-1948.[23]

AChA hizo su aparición en la vida nacional a más tardar en septiembre de 1946, en el marco de la elección presidencial, aunque llegó a tomar realmente el cuerpo y la fisonomía de una organización poderosa y con

ramificaciones en todo el país cuando el Partido Comunista ingresó al gabinete del Presidente González Videla, hecho ocurrido en noviembre de ese año.

AChA fue la resultante y la heredera de una serie de grupos nacionalistas que se crearon en la década de los cuarenta. Los dos más resaltantes fueron la Unión Nacionalista - surgida de grupos residuales del nacionalsocialismo- y Los Estanqueros. El grupo Estanquero, que publicó la revista del mismo nombre semanalmente entre 1946 y 1954, se reunió en torno a su líder Jorge Prat Echaurren y a intelectuales orgánicos del corporativismo e integrismo hispanistas. Esta agrupación se caracterizó por un anticomunismo militante y un declarado apoyo a las dictaduras de Franco y Oliveira Salazar. Unió principalmente a jóvenes nacionalistas, provenientes sobre todo de la Universidad Católica y la Juventud Conservadora. El proyecto político de los Estanqueros era la instauración de un modelo de sociedad disciplinada y jerárquica -bautizado por sus creadores como «portalismo contemporáneo», en alusión al político conservador del siglo pasado Diego Portales-, dirigida por una élite de notables y la conducción de una figura providencial, carismática y fuerte.

Muchos ex militantes de la Milicia Republicana obedecieron los llamados de sus antiguos jefes para ingresar a la nueva organización. Políticamente, AChA unificó transitoriamente a sectores de conservadores, liberales, agrariolaboristas, radicales y socialistas.

Sus postulados doctrinarios iniciales se semejaban extraordinariamente al movimiento estanquero, dimensionándose sobre todo ideas fuerza como nación, raza, tradición y gobierno probo.

A mediados de mayo de 1947 y transcurrido un poco más de un mes de las elecciones municipales en las que el Partido Comunista obtuvo una gran votación, AChA dio a conocer su primera proclama pública titulada «AChA, en defensa de Chile y sus instituciones democráticas». En este documento, AChA aparece por primera vez como una organización militante en lucha contra el Partido Comunista: "Sus fundadores, solidarios de un mismo sentimiento patriótico, sin distinción de clases ni de credos políticos o religiosos, se agruparon en defensa de la nacionalidad, amenazada por la acción desquiciadora del comunismo entronizado en el Gobierno, decididos a proteger la vida de los ciudadanos que se encontraba expuesta al ataque artero e implacable de los fanáticos internacionales".

Según su máximo líder, Arturo Olavarría Bravo, AChA surgió debido a la "designación de ministros de filiación comunista, hecho que ocurría por primera vez en la historia del país" y, a imagen y semejanza de la argumentación que avaló la existencia de la Milicia, "la mejor manera de prepararse, el medio más eficaz para aniquilar al comunismo en ese caso, era armarse, formar un Ejército cívico poderosamente armado que fuese capaz de destruir cualquiera iniciativa contraria al orden social e institucional de la república".[24]

AChA estaba organizada exactamente como un ejército. La dirección estaba en manos de un presidente y un Consejo Directivo que poseía poderes absolutos. A su vez, sus varios miles de efectivos se hallaban organizados en regimientos a las órdenes de comandantes, generalmente oficiales en retiro de las Fuerzas Armadas.[25] Existieron en Santiago 7 regimientos, una Base Femenina, una Banda de Músicos y un Servicio de Cirugía de Guerra. Pronto la organización comenzó a extenderse a provincias.

Un elemento consustancial al nacionalismo y al anticomunismo de AChA fue su agudo antisemitismo, el que llegó al extremo de provocar un atentado terrorista contra el Centro Israelita. Estos rasgos de antisemitismo y xenofobia también estuvieron presentes en la ideología del grupo Estanquero, en el «Proyecto Berguño» de ilegalización del comunismo y, en general, en la mayoría de las pequeñas organizaciones nacionalistas de los años 1930 y 1940.[26]

AChA recibió un apoyo inesperado de una fracción socialista que se transformó en uno de los pilares de sustentación del grupo armado. Este hecho le permitió legitimarse, por lo menos en el primer tiempo, como una organización pluralista que abarcaba a todo el espectro político del país, incluso más amplia que la ex Milicia Republicana. Por su negativa a abandonar AChA, el Partido Socialista expulsó finalmente a sus disidentes.

Aunque AChA desapareció a principios de 1949, hecho que fue acelerado por las sospechas de su implicancia en el abortado complot cívico-militar de octubre de 1948, la mayoría de sus dirigentes permaneció en la actividad política. Casi todos destacaron en la campaña presidencial de Carlos Ibáñez y ocuparon destacados puestos en su administración (1952- 1958).

El principal pero no único objetivo de AChA era la eliminación del Partido Comunista, para lo cual desarrolló tácticas tanto parlamentarias como terroristas. Asimismo, en su lucha anticomunista se dedicó a intimidar a otras fuerzas políticas exigiéndoles «pureza ideológica» e irrestricta lealtad a la doctrina autoritaria que sustentaba.

Por sus postulados y conexiones políticas, AChA no dio confianza al gobierno de González Videla (1946-1952), ni al Partido Radical; una fracción de éste, el radicalismo democrático, hacía de cabeza de la organización armada. También sucedió lo mismo con la derecha tradicional que, en general, fue renuente a coexistir con AChA; más bien la soportó antes que aceptarla. La prensa derechista, por ejemplo, trató en lo posible de ignorarla. Esto se debió, sobre todo, a la independencia de AChA respecto de los partidos tradicionales, sus posiciones extremas respecto del tratamiento de los comunistas y sus aliados, y el golpismo intrínseco que se incubaba en su accionar debido al expediente de sus lazos con el ibañismo y facciones militares.

Una reedición de AChA existió durante el régimen militar del general Pinochet. El grupo se adjudicó varios atentados y secuestros de opositores, muy semejantes en forma y contenido a los perpetrados por la policía secreta compuesta por militares y policías. Aunque existen denuncias de que AChA fue financiada clandestinamente por el gobierno, hasta ahora los tribunales no han hecho investigaciones serias.

En resumen, se puede concluir que en Chile ha existido una clara tendencia al surgimiento de grupos paramilitares contrarrevolucionarios y también conspirativos, especialmente en períodos de crisis políticas y sociales. Esta tendencia cíclica tiene una fuerte tradición en la historia del país que se inicia en los albores de la Colonia y se ha mantenido hasta ahora. Asimismo es necesario destacar que la presencia de los paramilitares ha sido ignorada permanentemente por las ciencias sociales y los políticos democráticos. Los sucesos de las últimas dos décadas, sin embargo, han obligado a repensar críticamente los estereotipos fuertemente afincados sobre la estabilidad de las

instituciones político-jurídicas chilenas, incluidas sus Fuerzas Armadas, y buscar las causas y características del ambivalente sistema político y social de Chile.

NOTAS.

- 1.- Una interesante y profunda definición que una colega historiadora utiliza para caracterizar fenómenos latinoamericanos que no se dejan identificar automáticamente con el fascismo europeo. En Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900- 1932. The Argentine Patriotic League* (Lincoln & London: University of Nebraska Press, 1986), p. 6.
- 2.- Algunos recientes trabajos sobre autoritarismo y corporativismo -también en la historiografía- ejemplifican esta nueva tendencia. Véase a Carlos Ruiz, "Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo XX", *Escritos de Teoría* (Santiago), Vol. 2, No. 3-4 (1977-1979); Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1992); Gonzalo Catalán B., "Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: La Revista Estudios 1933-1938", *Cinco estudios sobre cultura y sociedad* (Santiago: Flacso, 1985), 177-259; y Carmen Fariña Vicuña, "El pensamiento corporativo en las revistas 'Estanquero' (1946-1955) y 'Política y Espiritu' (1945-1975)", *Revista de Ciencia Política* (Santiago: Universidad Católica de Chile), No. 1-2 (1990), 119-142.
- 3.- En el Uruguay, por ejemplo, existieron varias agrupaciones nacionalistas y paramilitares de derecha. Entre ellas, se pueden nombrar a la Asociación Patriótica del Uruguay, creada en 1915, con militancia de civiles y militares, y que apoyaba, entre otras cosas, la instauración del servicio militar obligatorio; el grupo pseudo fascista Vanguardias de la Patria, creado en 1929 por un coronel del Ejército en servicio activo, y el Frente Patriótico de Defensa Nacional, organizado en 1935, una imitación de la conocida Legión Cívica Argentina. En Mónica Maronna e Yvette Trochon, "Entre votos y botas. El factor militar en la política uruguaya de los años veinte", *Cuadernos del CLAEH* (Montevideo), No. 48 (1989), especialmente p. 97. Sobre la Acao Integralista Brasileira, el mayor grupo contrarrevolucionario de ese país, véase a Hélgio Trindade, *Integralismo (o fascismo brasileiro na década de 30)* (Sao Paulo: Difusao Européia do Livro, 1974). Respecto a los grupos argentinos, sobre todo la Legión Cívica, la Liga Republicana y la Liga Patriótica Argentina, véase a Sandra McGee Deutsch, *op. cit.*
- 4.- Por ejemplo, véase a Carmen Fariña Vicuña, "Notas sobre el pensamiento corporativo de la juventud conservadora a través del periódico 'Lircay' (1934-1940)", *Revista de Ciencia Política* (Santiago: Universidad Católica de Chile), No. 1 (1987) 27-45.
- 5.- Un análisis detallado de este grupo se encuentra en Sergio González Miranda, Carlos Maldonado Prieto y Sandra McGee Deutsch, "Ligas Patrióticas: Un Caso de Nacionalismo, Xenofobia y Lucha Social en Chile", *Canadian Review of Studies in Nationalism* (Prince Edward Island), XXI, No. 1-2 (1994) 57-69.
- 6.- Un antecedente histórico de las Ligas se encuentra en las Sociedades de Patria, creadas en 1878 por la población chilena de Antofagasta. Estas organizaciones tenían originalmente como propósito la autodefensa contra las autoridades bolivianas; después se convirtieron en un poderoso instrumento para agitar la anexión. Sobre el plebiscito frustrado, véase a Joe F. Wilson, *The United States, Chile and Peru in the Tacna and Arica Plebiscite* (Washington, D.C.: University Press of America, 1979).
- 7.- El movimiento socialista acusó al Partido Balmacedista (Liberal) de crear la Liga Patriótica en el norte, ser responsable del terror "patriótico" y tratar de dividir a la clase obrera. En *El Grito Popular* (Iquique), (2 Junio 1911), 2.

- 8.- Hernán Ramírez Necochea, "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970", *Araucaria de Chile* (Madrid), 1, No. 1 (1978), 11.
- 9.- En *El Eco Patrio* (Iquique), No. 50 (17 Septiembre 1919), 1.
- 10.- En Jorge Gómez Ugarte, *Ese cuarto de siglo* (Santiago: Andrés Bello, 1985), 26. Citado por Rodrigo Alliende González, *El Jefe. La vida de Jorge González von Marées* (Santiago: Los Castaños, 1990), 38-40.
- 11.- Al respecto, véase a Carlos Maldonado Prieto *La Milicia Republicana: Historia de un Ejército civil en Chile, 1932-1936* (Santiago: World University Service, 1988) y Terence S. Tarr, *Military Intervention and Civilian Reaction in Chile, 1924- 1936* (Ph.D. Dissertation, State University of Florida, Gainesville, 1960).
- 12.- Véase a Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52* (Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1978).
- 13.- Un ejemplo de este tipo de organizaciones fue la Unión Cívica de Ñuñoa, un barrio de la capital, que se constituyó el mismo día de la caída de Ibáñez. Estaba dirigida por Policarpo Solís y el alcalde de esa comuna, Jorge González von Marées, quien pronto derivaría al nacionalsocialismo. Este cuerpo estaba compuesto por "algunos oficiales retirados" y "prestigiosos vecinos de la comuna". En *El Mercurio* (Santiago), (2 Agosto 1931), 21 y *La Defensa Nacional* (Santiago), (7 Noviembre 1931), 5.
- 14.- General Carlos Prats González, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), 69 y *Boletín Informativo de la Milicia Republicana* (Santiago), (8 Agosto 1935), 8 y 10.
- 15.- *Ibid.*, (15 Agosto 1933), 28.
- 16.- Sobre el tema hay varios trabajos. Véase a George F. W. Young, "Jorge González von Marées: Chief of Chilean Nacism", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* (Köln-Wien), 11 (1974), 309-333; Michael Potashnik, *Nacismo. National Socialism in Chile 1932-1938* (Ph.D. Dissertation, University of California, Los Angeles, 1974); Olaf Gaudig y Peter Veit, "¡... Y mañana el mundo entero! Antecedentes para la historia del nacionalsocialismo en Chile", *Araucaria de Chile* (Madrid), No. 41 (1988), 99-117, y Mario Sznajder, "El Movimiento Nacional Socialista: Nacismo a la chilena", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv), 1, No. 1 (1990), 41-57.
- 17.- En general Francisco Javier Díaz V., *La Quinta Columna* (Santiago: Imprenta La Libertad, 1937); citado por Jean-Pierre Blancpain, *Les Allemands au Chili (1816-1945)* (Köln-Wien: Böhlau Verlag, 1974), 865 y sig., nota 261.
- 18.- *El Trabajo* (Santiago), (29 Marzo 1938), 1.
- 19.- Tomás Moulían e Isabel Torres Dujisin, *Discusiones entre notables: Las candidaturas presidenciales de la derecha, 1938-1946* (Santiago: Flacso, 1988), 107- 112.
- 20.- No todos los partidarios del MNS siguieron a González, Carlos Keller por ejemplo quedó en el antiguo movimiento. En *Westküsten-Beobachter* (Santiago), (16 Marzo 1939), 50 y (6 Abril 1939), 56.
- 21.- Más detalles en Carlos Maldonado Prieto, "«La Prusia de América del Sur»: Acerca de las relaciones militares germano-chilenas, 1927-1945", *Estudios Sociales* (Santiago: Corporación de Promoción Universitaria, CPU), 3, No. 73 (1992) 75-102.
- 22.- Emilio Meneses, *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)* (Santiago: Hachete, 1989), 199-202. Los cabecillas del golpe destacaron después como nacionalistas y militantes de AChA.
- 23.- Un primer trabajo sobre este grupo, se encuentra en Carlos Maldonado Prieto, "AChA y la proscripción del Partido Comunista en Chile, 1946-1948", *Contribuciones FLACSO* (Santiago), No. 60, (1989). Véase también a Andrew Barnard, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with

the United States, 1940- 1947", *Journal of Latin American Studies*, 13, No. 2, November (1981), 347-374, y Donald W. Bray, "Peronism in Chile", *Hispanic American Historical Review*, 47, February (1967), 38-49.

24.- Arturo Olavarría Bravo, *Chile entre dos Alessandri*, (Santiago: Nascimento, 1965), 42/43, vol II.

25.- Algunas fuentes aseguran que AChA llegó a tener 30.000 hombres en armas, lo que a todas luces resulta una exageración. En *Ercilla* (Santiago), No. 625 (22 Abril 1947), 5.

26.- El general Berguño estuvo implicado en varios intentos golpistas, igual que su colega Ariosto Herrera, quien se definía como un combatiente contra el comunismo y el judaísmo.

● [Regresar/Return/Zurück](#)



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativos culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

